

# 1. EL DIARIO ROJO

COSTA DA MORTE; UNA HORA ANTES.

Aquella mañana, Tomás no quiso levantarse tan temprano como de costumbre; aunque, cuando lo hizo, los grillos aún cantaban fuera de la casa. Se los oía tararear a través del hueco de la chimenea.

A Tomás le gustaba conversar con la Luna, mientras amasaba la harina y cocía sus dulces; lo hacía de madrugada, porque era un gran pastelero, de muy buena reputación por aquella zona a pesar de las supersticiones. ¿Supersticiones? Sí, claro, estaba en Galicia...; pero en este caso las supersticiones eran tema aparte, porque tenían lengua propia. Y hoy, Tomás no se había levantado para hablar con la Luna: era día de descanso en el Mundo.

—¡Oooouuuuaahhh! —exclamó desperezándose, llenando de ecos las esquinas de las habitaciones. Se sentía bien, jovial, como un topillo que descubre la luz del día al salir de la madriguera—. ¡Arriba!

Aún no habían dado las ocho, y no había amanecido; aunque eso daba igual, porque en la casa de Tomás siempre amanecía a las siete de la mañana. El silencio en la ladera era ronco, como un fuelle que gime despacio.

«Eso es la noche, que cede. ¡A trabajar!»

La Fiesta de Nochevieja había sido fantástica, y las huellas de la agitación latían por los rincones. Todo el mundo se había ido hacía horas, y no todos habían tenido cuidado de colocar las cosas en su sitio; pero aquello no podía ser un problema, porque levantarse por la mañana siempre es reconfortante, y hay momentos que son irrepetibles y otros no. Y aunque hoy fuera día de descanso y no hubiera que trabajar,

Tomás lo haría porque le gustaba recoger la casa mientras danzaba, derrochando energía.

«Trabajar también es reconfortante. ¡Oh, sí!»

Tomás era un hombre de edad indefinida. Los que no le conocían bien, decían que era muy viejo; los que le conocían bien, decían que era mucho más viejo aún; y otros, sencillamente, decían que eso era por las arrugas de la cara, que le habían crecido a cientos de tanto reírse. Pero la palabra precisa no era exactamente *viejo*, porque su aspecto no era el de un viejo... (O sí)... Ni su voz... (O sí)... ¿Cómo puede catalogarse la *antigüedad*? Tomás era, principalmente, un tipo... peculiar..., no viejo. Podías mirarle a los ojos, y no averiguar en un millón de años lo que estaba pensando; o podías oír su voz, y escuchar en ella todo lo que se puede llegar a decir en una vida entera; con una sola palabra. ¿Quién sabía quién era Tomás? Quizá nadie. Incluso puede que ni él mismo lo supiera ya. Tomás era... *Tomás*.

Silbando y cantando a voz media, se aseó, se vistió, estiró las sábanas, despertó al cuco del reloj que andaba dormido,

«¡glotón! Comiste demasiado anoche, ¿eh? ¡Venga, que tienes que dar las horas!»,

sopló las velas del techo mientras se apagaban las estrellas, y luego se quedó quieto un momento para percibir las vibraciones de la Naturaleza... Ya había algo en el ambiente que olía a noticias nuevas.

«¡Hum, hom!», pensó. «Sí.»

La decoración de las salas era rica y sencilla, sutil y sugestiva como un vestido de cortinas de seda. De las paredes colgaban ornamentos de una artesana belleza, y figuras más antiguas que el alba esperaban una chispa de vitalidad para recobrar la magia. Diríase que el ambiente era una mezcla exclusiva de difícil descripción, pero todo aquel que lo había visto había salido encantado de allí, como si hubiera nadado en un estanque de especias, suaves como una caricia... Mas no todo el mundo quería visitar la casa de Tomás. Galicia es una tierra muy supersticiosa, y corrían historias acerca de él que no tenían la más mínima claridad real. Sin embargo, nadie que hubiera probado sus pasteles había quedado indiferente.

Entró en la cocina, y extendió la masa sobre el fogón. Las bóvedas giraron la cabeza para combarse ante la fragancia. La nariz de Tomás se anchó, y abrió los oídos de par en par.

—¡Ah —exclamó—, ya estáis ahí! Hoy habéis venido antes... ¿O será que me he levantado más tarde? —dijo después, entonando las palabras con un ritmo extraño y progresivo.

Y luego la canción se hizo más fuerte, y más fuerte se hizo también el sonido fuera de la casa... Eran como cuchicheos y letras que nadie entendía; solo Tomás.

—Tranquilos —declaró—, el desayuno está listo para todos. ¡Solo faltó yo!... Pero ya desayuné suficiente ayer por la noche. ¡Ja! Esperad un momento, que meto los pasteles en el horno. Hoy no se trabaja, pero el viejo Tomás siempre hace pasteles por la mañana, y no se olvida de sus amiguitos. Me necesitan a mí, y yo a ellos; y todos; y a todos.

Introdujo una bandeja en las fauces del horno, y lo puso en marcha. Después, con un dibujo especial en las pupilas, abrió por fin la ventana descorriendo los visillos... El aire entró lento y raudo para traer las galas del nuevo día.

De inmediato, una docena de ardillas y unos cuantos pájaros más se colaron en el interior, posándose en cada estante y escalando hasta los techos de los armarios verdes. Las flores bostezaban, y los lirios se despertaban.

—¡Mis bravos! —delineó Tomás, aplaudiendo y brincando—. ¡Adelante! ¡A desayunar! ¡Hoy reina la alegría en la casa; es Año Nuevo!

Y entonces fue abriendo habitación por habitación las ventanas redondas, descorriendo los visillos para que la luz inundase las alfombras de lana cuando llegase. El tono grisáceo del cielo se encogió al ver el rostro de Tomás; porque despedía destellos entre las ranuras de las arrugas.

Salió de la casa, y limpió los postigos que protegían los cristales desde fuera: labrados y hermosos, parecían ojos que lo vieran todo en la distancia. Nunca los cerraba, a no ser que hubiera una gran tormenta.

«¿Como la tormenta de ayer, Elena?», pensó. «Tu tormenta.»

El mar, ahí mismo bajo la colina, endulzaba la mañana detrás de los acantilados, devorando la penumbra; y los trinos de los pájaros sonaban en el interior de la cocina como caracolas penetradas por la brisa. Los grillos se habían callado.

Dando un pequeño paseo por el jardín, Tomás animó a los seres diminutos del suelo, poniéndose en cuclillas.

«Criaturitas sin nombre: ¿queréis que os ponga yo uno?»

Las mariquitas le miraban sonriendo, y las hormigas creaban filas de formas curiosas en geometrías ocasionales; casi podría decirse que estuvieran escribiendo algo ininteligible en el suelo.

Tomás les sonrió.

—Buenos días —dijo—. A todos.

Los geranios y los tilos asintieron, desperezándose también como los nomeolvides y las flores, y las demás plantas. Las abejas, desde la ladera, ya venían, y la noche oscura se iba; era hora de despedirla.

Tomás recitó un poema, y entró de nuevo en la casa.

Se sentía joven; el Mundo mate no conseguía doblegarlo, y la savia de la tierra crecía aún en él como las raíces de las ramas. Un árbol fuerte y eterno que se renueva respirando bocanadas de optimismo.

Cuando llegó al pasillo, todo era un revuelo casi mayor que el de la Fiesta de Nochevieja.

—¡Eh, vosotros! —exclamó con voz potente, musical y tonada. Un ton tin tán—. ¿No os había avisado, verdad?... Lo siento, mis pilluelos, pero hoy no podré atenderos. Tengo muchas cosas que hacer, y ayer por la tarde estuve escribiendo imágenes muy interesantes... Ya sabéis: Elena... Los búhos os lo habrán contado, seguro. —Los búhos son muy cotillas; aparte de dar sustos por las noches, solo hacen que hablar, hablar, hablar, hasta que todo el bosque se entera de las noticias—. Hoy no encenderemos la chimenea —añadió luego, sonriendo—. ¡Hay que hacer pasteles! ¡Muchos pasteles! ¡Para todo el día!

Y al mismo tiempo, se puso a cantar estrofas de palabras sin sentido. Todos los seres vivos estiraron las orejas y se detuvieron, sobre todo las plantas del jardín y las baldosas de la entrada: Tomás les estaba hablando.

—Veréis —explicó—, podéis hacer lo que queráis, pero os ruego que no me distraigáis. ¡Ho! El Mundo se mueve, y un Misterio se mueve con él. ¡Danzad si queréis, y cantadle a la Vida! La Vida siempre se merece que le cantéis. El sol saldrá pronto, y hay que recibirlo adecuadamente. Será un día espléndido. ¡Derry Doll!... Tranquilos, voy a recoger esto; los humanos son más desordenados que vosotros.

Y pisando descalzo por el corredor, se fue al salón para enderezar todas las cosas. Era un trabajo que no costaba trabajo. Limpió el polvo, sopló en los rincones, y le dijo a un erizo que saliera de la habitación por donde había entrado; las púas son un poco incómodas debajo de los pies. Se rio de sí mismo, le guiñó un ojo a las lámparas relucientes, y cuando hubo terminado volvió a la cocina para ver qué tal seguía todo.

«Bien.»

La masa del horno iba cobrando un color dorado excelente.

Mientras, la actividad se había desatado en la casa con vivacidad. Una musiquilla salía de las paredes como si la tierra más allá de los muros siguiera cantando, o como si los ecos de la Fiesta de anoche aún resonaran dentro del vientre de la casa. El espacio se contagió de una alegría efervescente, y todo era movimiento y magia; y las canciones de Tomás se mezclaban detrás de las puertas con los trinos de los pajarillos. ¿Qué más daba que fuera el 1 de Enero del año 2000? Allí siempre había primavera.

Cuando hubo comprobado que todo estaba en orden, repartió algunos dulces más por la mesa grande, y la crema amarilla voló de pico en pico y de mandíbula en mandíbula. Los ojos de pupilas brillantes le miraban agradecidos, sintiendo el amor cálido que él irradiaba. Él también probó un poco.

Salió de nuevo, regó las plantas del jardín con hidromiel, y aspiró el aire hasta que se disolvió en los pulmones. Una luz imposible se filtraba por la aurora, iluminándolo todo como si lloviera rocío de oro del cielo; todavía no había salido el sol, pero, ¿a quién le importaba? No tardaría demasiado. Los caracoles lo sabían, y seguían allí; y una mariposa madrugadora iba dando tumbos un poco desorientada, chocándose con las columnas de la arcada.

—Eh, ¿qué haces tú aquí? —rio Tomás—. Póstate sobre aquellas abejas, verás cómo te despiertas. —Las abejas le miraron sorprendidas—. Descansa un poco aún, y espera a que salga el sol; él te calentará las alas. Ven.

Y cogiéndola en su mano, la puso sobre un lirio que se abrió para protegerla.

Miró alrededor de la casa, miró al tejado, miró al cielo, miró al mar esplendoroso, miró al jardín, miró a los conejos que le observaban escondidos, y luego se miró a sí mismo reflejado en cada una de todas las cosas.

—Todo en orden —se dijo—. Eso es bueno.

Ni una sola nube se elevaba por encima de la colina; ni por debajo.

Bailoteando ruidosamente con las botas puestas, regresó al salón donde todo era color y música, en alas, crestas, colas, patas, y migajas.

—¡Ja, Ja! —gaturó—. Hoy es día de descanso. ¡Descansad! Pero Tomás tiene cosas que hacer. Tendré que salir más tarde para arreglar asuntos que quedaron pendientes ayer, y que no pueden demorarse. Los buenos amigos son los buenos amigos, y les prometí que hoy les devolvería la visita; solo un rato; para comer y hacer la digestión. Después una charla. ¿Breve? ¿Larga? No lo sé; eso depende de lo que Tomás se encuentre por el camino. Pero hay tiempo; aún podré estar unas cuantas horas con vosotros.

Todos le escuchaban, mas nadie le hacía mucho caso; los dulces estaban demasiado buenos como para que le prestaran más atención a él que a ellos. ¿Qué queréis? Las ardillas son así; y los gorriones; y los periquitos también, que se agarraban a las vigas de madera con los picos, haciendo equilibrios. ¿Qué era eso de pronunciar un discurso a esas horas de la mañana? ¡Tomás, no nos aburras!

—Ahora, quizá me vaya a leer un poco. No me molestéis, a no ser que salga tanto humo del horno que no pueda apagarse. ¡Huh! ¡Hoh! Tengo que repasar lo que escribí ayer. Con la Fiesta se me han dispersado las ideas, como si fueran las enredaderas del jardín. ¡Cuidad de los pasteles!

Entró en la habitación del Norte dejando un murmullo creciente tras de sí, y se sentó en la butaca de jazmines trenzados; la biblioteca, todo alrededor de las paredes, era enorme, increíble, fantástica. Mientras, los saltamontes volvieron al alféizar de la ventana mirando a Tomás, que les devolvió la mirada.

«Elena», pensó. «Mi pobre Elena.»

Y sonrió.

Cogió el Diario, y lo puso encima de la mesa. No era un diario convencional; era grueso, rojo como las frambuesas (olía a ellas), y su lomo estaba bordado con hilos de plata. El relieve de sus grabados ocupaba gran parte de la encuadernación: dibujos de motivos florales, montañas, mares, árboles...; podría decirse que solo le faltaban los ojos. Era un ejemplar único, y muy pocos conocían su existencia; pero algunos decían que tenía vida propia, y que a veces las cosas se escribían o se borraban solas en sus páginas. ¡Supersticiones, leyendas!...; o quizá tuvieran razón... En todo caso, fue Tomás el que escribió ayer en él, no él mismo, antes de la Fiesta.

Pensativo, se quedó un rato mirándolo... Recordó cómo había empezado todo; cómo se había asomado a la ventana en el Ocaso del día, mientras la luz aún reinaba sobre el Mundo con el suave tinte del inicio del crepúsculo. El cielo estaba claro, despejado, virgen de brumas, pero, sintiendo un temblor en la comisura de la nuca, había salido al jardín, se había vuelto hacia la joroba de la colina detrás de la casa, y había estirado la mente sin saber muy bien por qué.

Las ruedas bramaban.

Dentro del vehículo, una mujer aferraba crispada el volante, fuerte, tensa, la vista perdida, las mejillas blandas por efecto de las lágrimas... Quizá solo fuera un espejismo más, pero hacía mucho tiempo que algo así no sucedía en el horizonte de Tomás, y no pudo por menos que detenerse a observarlo.

«Y su nombre era Elena.»

Elena había recorrido una gran distancia para llegar hasta las tierras gallegas. Buscaba la costa, buscaba una puesta de sol, buscaba algo que, sin duda, no había encontrado. Por alguna razón, llevaba la tragedia grabada en su Destino, y quería acabar con esa desgracia en las aguas de Galicia. Algo oscuro, siniestro, le recorría las entrañas; como un veneno que la hubiera carcomido durante décadas enteras.

«¡Oh, sí!», se sorprendió por un instante Tomás al recordarlo. Pero él ya lo sabía. Lo había estado viendo desde arriba, y lo había escrito por la tarde en el Diario, antes de la Fiesta de Nochevieja. Ayer. «Eres un poco despistado, Tomás.»

La escena era cruel. ¿Qué hacía aquella nube negra y solitaria persiguiendo a aquella mujer, de rostro dulce, pálido, y lánguido? Era Nochevieja, y el mar acababa de tragarse al sol debajo del agua. Todo tenía que ser felicidad y alegría en casa de Tomás, sin nubes negras. ¿Qué podía significar aquello? Los invitados llegarían en pocas horas, pero...

Tomás recordaba ahora cómo un impulso más lejano que las Edades de los Tiempos le rozó las mejillas, erizando sus cabellos; y cómo sin un porqué concreto, dejando todo lo que estaba haciendo, había entrado en la habitación y había puesto el Diario Rojo encima de la mesa. Se maravilló por ello, porque hacía mucho tiempo que no había escrito nada en él.

A Tomás le gustaba recitar poemas; cosas intrascendentes, parajes de Historia en la monotonía del Mundo; y a veces los garabateaba sobre cuadernos de lirios. Pero otras veces cerraba los ojos, miraba más allá de las fronteras de la Realidad, y examinaba los profundos agujeros del Océano y las venas de las Tierras. Tenía ese don, esa cualidad innata. Miraba, miraba, miraba, y veía cosas que nadie más que él veía, atravesando piedras, aguas, fuegos, y también tormentas. Y cantaba mientras lo hacía...

Cuando vio a Elena perdida entre la horrible nube negra, dejó de cantar.

Aquello era nuevo, o..., quizá no; quizá solo era una similitud con «no sé qué pasajes» de hace miles de años, una estrofa que le había llenado de una rara curiosidad... O quizá no... Y el Diario estaba allí, presto y dispuesto a ser escrito, y Tomás ya no estaba seguro de si era él el que había puesto el Diario sobre la mesa, o si era el Diario el que le había invitado a él a ponerlo en ella. ¡Una duda!

—¡Oh, sí, mi querido! —había canturreado—. Oh, sí...

Era una circunstancia extraordinaria, que se producía justo antes de la Fiesta... Quizá quisiera decir algo más que una mera anécdota, aunque ni siquiera él sabía qué tenía que ver él en todo aquello. Es posible que no lo supiera nunca, o...; bueno, al menos se preguntó qué clase de tormenta sería.

Ahora, recordando sentado las ideas embarulladas del día anterior, reflexionaba sobre los hechos y seguía sin comprenderlo bien. Él era



Tomás, y estas cosas se movían por sí solas dentro del Destino; él no tenía nada que ver; estaba fuera de su alcance o de su influencia... Pero presentía que allí había algo más que un simple Destino.

Un poco atolondrado, intentaba acuñar detalles que le dieran más pistas sobre el locutorio de los pensamientos. No había pasado nada, aunque, por el simple hecho de no haber pasado nada, ya era todo un misterio que estuviera escrito en el Diario. Él lo había visto, había mirado a través de la nube, de los truenos, de los rayos; había abierto con las manos las cortinas de la lluvia, a kilómetros de distancia, y había visto a Elena desde arriba llorar dentro del coche, destrozada mientras conducía sin darse cuenta de nada, y a la vez dándose cuenta de todo. Y había buceado en su mente, y había leído en ella, y había descubierto la base de su sufrimiento. Y se había estremecido mientras se estremecía ella. Y solo por eso, por aquel Misterio que no acertaba a componer del todo, ya merecía la pena escribirlo en el Diario. ¿Quién era Elena? ¿Y qué hacía él dentro de su tormenta? Al fin y al cabo, él no tenía poder para ayudarla. No allí. Quizá pudiera hablarle al clima, pero quizá el clima no le atendiera.

Tomás recordaba en la butaca cómo se había producido todo, tan rápido que apenas había podido escribirlo en tiempo real. Estaba demasiado lejos, y las letras fueron lentas y costosas al principio. Además, la tormenta era muy densa, y aquel era un día para la alegría; escribir aquello había sido un ejercicio complicado en su tristeza. Y ahora sonreía, porque él era Tomás, y en él no tenía cabida la tristeza. Y por eso tampoco estaba seguro de poder recordarlo todo con una nitidez meridiana, ya que incluso había lagunas en su memoria que volvían ciegas algunas de las escenas, y eso también era algo extraordinario.

«Esto no es una canción cualquiera», pensó. «Necesito oírlo de nuevo.»

Mirando a la planicie de la mesa, espolvoreó un suspiro por el aire y, con una sonrisa que inundaba de serenidad los cimientos de la casa, cogió la pipa de madera y la encendió con un perfume de pétalos de rosa. Después, dudándolo tan solo un momento, abrió el Diario levantando el borde grueso de la pasta.

Y entonces, contagiado de la vida de las frases, empezó a leer lo que había escrito ayer, justo desde la primera página.

La escena comenzaba con una fecha, un título y un poema:



## 2. ELENA

31 de Diciembre de 1999.

### GRISÁLIDA

*Ahora, ya no me parezco a nadie, mucho menos a mí. ¿Quién soy?*

*—¿Quién eres?*

*Veneno que eres la vida, Vida que eres el veneno; muerde tu cola y aprieta los dientes, que yo me encajo dentro, en tu medio cuerpo. Tú, mi equivalente, tú, mi diestro verdugo, baja ya sin demora por mis venas, ¡pero daña despacio mis sentimientos! Crisálida gris de coagulados muñones, baja despacio, arrástrate lento, y borra, ¡borra ya el total de mis recuerdos!...*

*Bórralos todos sin pena, excepto el tuyo que de muerte me hiera; así, naceré de mis entrañas como un ser nuevo, con un solo y único recuerdo: el de mi propio veneno.*

Elena había estado meditando sobre aquel poema aquella mañana, mientras tomaba un café en la Cafetería de la autopista. Hacía tanto tiempo que no tomaba un café en un lugar así, que ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez. El poema era suyo, pero tampoco recordaba cuándo lo había escrito.

«Supongo que también hace mucho.»

Masticando las palabras como si fueran bollitos, letra a letra fue recomponiendo el texto en su memoria, hasta darse cuenta de todo el significado que ahora tenía, de todo el que siempre había tenido.

Con los codos apoyados sobre la mesa, respiró fuerte y cerró los ojos para pensar una vez más en lo que estaba haciendo. Solo había una cosa clara en todo aquello: que no podía volver.

Dirigiéndose al baño de la Cafetería, se miró atentamente en el espejo. Sus ojos castaños escrutaron el fondo del cristal donde se escondían las siluetas, aquellas siluetas lejanas, casi difusas, que se perdían en los confines del tiempo; y en él, por última vez, buscó de nuevo a la persona que estaba esperando.

A la luz mortecina y blanca del cuarto de baño, el espejo reflejó su imagen pálida, alta y delgada, casi como un espectro.

«Demasiado delgada», pensó ella. «Ya lo decía papá.»

Mirándose a sí misma, Elena siguió buscando en sus pupilas a la mujer que una vez había sido ella, oculta tras la piel marchita. Allá, en el fondo de ese rostro serio y cansado, se escondía esa otra Elena, dispuesta a detenerla, dispuesta a aparecer en el momento preciso, dispuesta a disuadirla apelando al mito de otra esperanza perdida.

«No lo hagas...»

Como tantas otras veces.

Su voz aún era un eco en la mente, intentando abrirse paso a través de la locura...

«No lo hagas...»

Pero no, esta vez ya estaba demasiado lejos, enterrada muy dentro del olvido. No había ninguna otra Elena en el fondo del espejo, y su voz había muerto antes incluso que ella misma. El riesgo era mínimo. No había peligro de que apareciera.

«Más te vale.»

La mueca que se reflejaba en el cristal denotaba una leve tensión, a la vez que una extraña sensación de paz; a pesar de las señales y de las huellas del mal, Elena era aún una mujer joven y hermosa, y, de alguna manera, la mella del dolor no era tan evidente aquella mañana como en las últimas ocasiones. Las facciones tristes y marcadas de otros días se habían suavizado, y su rostro aparentaba la edad que tenía; algo irónico, desde luego, teniendo en cuenta las circunstancias. Viéndose en el espejo, abrió la boca para decir algo, pero no dijo nada. Tener 38 años era fácil, algo muy sencillo; lo difícil era preguntarse por qué

parecía que habían sido 60. Aunque, sinceramente, no era el paso del tiempo lo que había esclavizado su sonrisa.

Sacó una goma del bolsillo del abrigo, se recogió el pelo, y dejó caer una larga coleta negra antes de irse de la Cafetería sin pagar. Se metió en el coche, y miró a lo lejos, fundiéndose con la distancia. Las botas pisaron el acelerador con fuerza, y volvió a entrar en la A-6 de manera decidida. Quedaba un largo camino por delante. La mañana avanzaba.

Horas después, Elena recordaba todo esto mientras seguía conduciendo. Acababa de hacerse de noche, y el poema aún daba vueltas en su cabeza, al ritmo de las ruedas del Citroën. La tormenta, encima de ella, plagaba el cielo de imágenes siniestras, recortándose con estruendo contra los montes gallegos; y la lluvia, torrencial, lo inundaba todo alrededor de la carretera.

Sin embargo, todo esto era adyacente para ella. Porque desde hacía un buen rato se encontraba abstraída del mundo en una especie de estado de *shock*, y conducía por la inercia que una voluntad ajena imprimía al ZX. Las manos cansadas aferraban el volante sin ganas, los dedos ásperos se movían apenas. Nada era real, solo parte de un mal sueño, un mal sueño que había comenzado..., ¿cuándo? ¿Cuándo había comenzado? ¿Cuándo había empezado a ir todo mal? ¿Después de abandonar la Cafetería?... Ya no estaba segura. La imagen de sus ojos reflejados en el espejo del baño, se confundía ahora con la furia de la lluvia.

«Sí, después de la Cafetería.»

O quizá es que había ido mal desde el principio.

Elena había salido de Castilla con una sola intención: morir. Morir en Galicia. Morir en el mar, al lado de los acantilados.

«Nunca he visto el mar.»

Morir para liberar su alma, morir para alcanzar la libertad. Había huido de la Meseta castellana buscando una absolución, había corrido hacia la Costa de la Muerte para lanzarse al mar desde lo alto de las rocas, y morir en él. Cuando se pusiera el sol aquel último día del siglo, saltaría a las aguas desde el precipicio. Un desenlace *romántico* como postdata del terror. Maquillar el defecto. Morir en paz.

¿Destino?

«No, voluntad.»

¿Suicidio?

«No, liberación.»

Sí, llamémoslo suicidio; técnicamente.

Lo había planeado bien; había reunido las fuerzas suficientes, y lo había hecho. Había salido aquella mañana, y, tras una breve lucha contra los fantasmas del miedo, había afrontado la única verdad que todo aquello comportaba: que ya no había vuelta atrás. No, ya no había vuelta de hoja; porque había escapado, había huido de Él, y eso solo podía significar una cosa: que ya no podía volver.

Quería llegar a Galicia antes de ponerse el sol, para acabar con su vida. En silencio. En armonía. Absorbiendo el instante. Disfrutándolo como lo que era: la libertad. Necesitaba morir al lado del sol, mirándolo de frente, sintiendo su hermosura colmarle el cuerpo mientras ambos desaparecían a la vez en las profundas entrañas del agua. Una decisión muy, muy meditada. ¿Por qué Galicia? Bueno, ella nunca había visto el mar, y el nombre de la Costa da Morte hacía tiempo que estaba escogido, como si fuera una cruz en el mapa puesta ahí para ella. Finisterre era la otra parte en la ecuación del viaje: el Fin del Mundo, claro. Todo tenía que salir bien. Ella se lo merecía. Por fin se lo merecía. Había acumulado el valor para huir, y lo había hecho. ¿Qué podía salir mal?...

Envuelta en la vorágine de la tormenta, los recuerdos bailaban en su cabeza con un zumbido sordo.

«¿Qué podía salir mal?...»

Todo podía salir mal.

—¡Todo! —dijo de pronto Tomás, mientras leía las páginas y se mesaba la barba—. ¡Excepto mis pastelillos! Aunque, en realidad, no todo lo que sale mal está mal, ¿verdad? —El humo de la chimenea era tan suave, que se mecía en el aire como si fuera transparente.

Era una sensación un poco extraña para él, porque hacía muchos años que no le había sucedido nada parecido; por eso, se deleitaba con cada una de las frases del Diario, porque las saboreaba como si los pensamientos de Elena fueran también los suyos.

Fue después de Tordesillas cuando el viaje comenzó a torcerse. Instigado por el frío, un camión que transportaba alpacas de paja volcó al tomar una curva, incendiándose en mitad de la autovía. Era enorme; el aceite ardiendo y las alpacas doradas ocupaban todo lo ancho de la calzada, y era imposible pasar. Esperpéntico y grandioso, el espectáculo resultó ser excesivo, y nadie quedó impasible ante aquello; muy pronto, centenares de ojos salieron de sus coches para observar la escena. Cuando Elena llegó hasta allí, el atasco alcanzaba el kilómetro de distancia, y la nube de humo blanco se veía casi desde Valladolid.

Atrapada, ella no pudo hacer otra cosa que esperar, como todo el mundo, víctima de unos nervios que no tenían nada que ver con la fiesta de Nochevieja. Puesto que ya era tarde para volverse atrás, lo único que deseaba era llegar a tiempo a su destino, porque era impensable hacer otra cosa. Cualquier otra demanda era tan absurda, que en ningún momento se había planteado siquiera la posibilidad de que aquello pudiera pasar.

Por eso, cuando todos comenzaron a moverse dos horas después, el horizonte adquirió en el aire una distancia diferente. Las prisas aparecieron, y todo lo que parecía seguro se volvió de pronto incierto... Pero no pasaba nada; al fin y al cabo, había salido temprano de casa. Aún había tiempo; mucho tiempo. Solo tenía que ir un poco más deprisa.

Así que fue más deprisa.

Y todo transcurrió con normalidad, sin sobresaltos, hasta que aparecieron las primeras gotas de lluvia en Requejo, cerca de Puebla de Sanabria. Había parado allí para descansar, cuando comenzó a llover con cierta insistencia. En las noticias habían pronosticado chubascos por aquella zona, pero no más allá, así que todo era normal. Sin embargo, al llegar a Ourense nada había cambiado, y las nubes dibujaban un oscuro manto gris a lo largo del cielo.

Elena estaba preocupada. Eran cerca de las cuatro de la tarde, y estaba preocupada, porque en todas sus ensoñaciones suicidas siempre aparecía un sol inmenso delante de ella, en el límite del horizonte, esperándola al otro lado del océano. Era el ocaso del mundo, la extinción, la libertad, mientras ella se lanzaba al vacío al mismo tiempo que el astro desaparecía bajo las aguas.

Era 'El Momento'.

«Mi Momento.»

Aquella era una de las pautas que, inquisitoriamente, siempre había incluido el plan, y, paradójicamente, hacía rato ya que el sol se había escondido tras las nubes, negándole su mirada... ¿Qué significaba aquello?

Oteando las señales del cielo, era más que probable que nada cambiara en lo que restaba de viaje.

Aquello parecía bastante injusto. Llevaba más de cuatrocientos kilómetros de huida, casi siete horas respirando el aire viciado del coche; se sentía mal, no había dormido nada durante la noche, y una sensación de náusea continua le carcomía las entrañas. Lo mínimo que podía esperar era un poco de justicia. ¿Acaso no lo merecía? ¿No había sufrido ya lo suficiente? ¿Por qué Él tenía que estar siempre detrás de todo? ¿Por qué el destino era tan egoísta?...

«¡Maldita sea!»

Aun así, sabía que llegaría a tiempo. Ya quedaba menos. Y con sol o sin él, lo haría; se tiraría. ¡Tenía que hacerlo! Era parte del juego. Todo estaba dispuesto. Se había preparado a conciencia, y no podía echarlo todo por la borda ahora. Era su minuto de gloria, su venganza, su obsesión, su meta, su despedida... Además..., ¿qué otra cosa podía hacer?... No tenía ninguna otra opción; ninguna otra salida...

Sí, tenía que llegar a tiempo.

Finisterre la esperaba; no podía defraudarla.

—¡Bueno —exclamó Tomás—, estabas en Galicia, en invierno, rodeada de pestillos entornados y visillos distraídos! Tampoco podías esperar gran cosa. ¿Por qué habías imaginado así tu puesta de sol? «El hombre espera a la tierra, pero la tierra no espera al hombre» —entonó después, recordando los versos de una vieja tonadilla—. ¿Cómo ibas a defraudarla? No es la tierra la que quiere ser conquistada. ¡Pellizcadme, chicos! —Los topillos se miraban entre sí, atónitos. ¿Cómo iban a pellizcarlo con aquellas patitas?

Mirando al techo, siguió tarareando la canción, hasta que sus labios esbozaron una sonrisa contagiada de nostalgia. Luego, volviendo en sí, avanzó algunos párrafos en el texto, sin pasar de página.



Los vecinos de Santiago de Compostela comentarían durante mucho tiempo los estragos de aquella tormenta de fin de año. No se había visto nada igual en décadas, porque una nube negra, oscura y gigantesca, atravesó la ciudad siguiendo la vertiente Este de la Capital, sumiendo en las tinieblas buena parte de la periferia. Parecía que se hubieran desatado todos los infiernos bajo aquella espesura, que se movía en el cielo como una serpiente siniestra. «Un mal augurio del fin del Milenio», dijeron muchos.

Y su velocidad era la misma que la del coche de Elena, pues era ella quien había traído el diluvio consigo, era ella quien alimentaba la tormenta.

Nunca supo bien cómo había sucedido, pero lo cierto es que había sucedido. La lluvia se había vuelto violenta, muy violenta, y el viento golpeaba con furia las copas de los árboles. La conducción se hacía difícil ahora, y tenía que ir cada vez más despacio. Ella sabía dónde estaba, sabía que era allí donde tenía que desviarse para coger la carretera de Fisterra, después de rodear la ciudad por la izquierda. Pero todo estaba oscuro y difuso. ¿Cómo iba a orientarse en tales circunstancias?

Por un momento, pensó en entrar en Santiago para esperar a que escampase, y consultar el mapa; pero eran más de las cuatro y media de la tarde, no podía detenerse, no podía esperar. Nerviosa, miró al cielo de nuevo, intentando ver alguna luz que le indicase el camino, alguna señal que le indicase que aquel torbellino de nubes se iba a esfumar... Estresada por la presión del propio viaje, solo vio negrura en la distancia, una sábana sucia que cubría los tejados de la Capital gallega. Era desesperante.

Además, la cercanía de las casas se le hizo absolutamente incómoda. La sola idea de entrar en la ciudad se volvió de pronto desagradable y amarga. Su mente lo rechazaba. Estaba de mal humor, estaba cansada, y no le apetecía nada cualquier contacto con la gente. No quería hablar con nadie, no quería ver a nadie. Ninguna sonrisa. Ninguna estampa navideña. Solo quería salir de allí, llegar a Finisterre a tiempo, y acabar con todo aquello de una vez por todas. Que la dejaran tranquila. Se sentía tensa, muy tensa, y en su mente aparecían imágenes extrañas que no sabía descifrar. Se sentía mal; le dolía la cabeza, el estómago, los

brazos y las piernas; pero lo que no quería, de ninguna de las maneras, era parar. No, ahora no. ¿Qué iba a hacer si paraba? ¿Qué iba a hacer si no llegaba a tiempo? ¿Dónde quedaba entonces su libertad? La efímera victoria sobre Él se convertiría en la más cruel de las derrotas; ¿no era así?; ¿no era eso?; ¿no era lo que Él esperaba?...

No, tenía que seguir. ¡Estaba obligada a seguir!

Desorientada por las circunvalaciones de Santiago, la nube negra se cebó entonces en ella. Sin ningún tipo de clemencia, la desvió de su camino, cambió su ruta, y, después de varios cruces y rotondas lamien-do el casco urbano, la llevó engañada por la dirección equivocada. Sin saberlo, se dirigió directamente hacia las tierras de Sigüeiro, de Ordes, y de A Coruña, mientras la luz menguaba en la esfera traslúcida de España... El Citroën ZX era solo un punto blanco en el asfalto, que se alejaba, y se alejaba, y se alejaba...

Para cuando quiso darse cuenta de ello, Fisterra estaba, irremedia-blemente, demasiado lejos en el mapa.

Ya no habría puesta de sol *romántica* para ella. Ya no habría ocaso, ni paz, ni océano en el horizonte. Solo caos, decepción, lluvia y mutis-mo, y la llegada silenciosa de la noche.

Completamente hundida, derrotada, Elena se dejó llevar por el sub-consciente, mientras entraba en un estado de shock en el que la rea-lidad flotaba alrededor de las penumbras. Aminorando la marcha, se desvaneció en la misma nube que envolvía la carretera, abandonándose a los inciertos laberintos de lo desconocido. Luego, reptando por su nuca, el manto frío del olvido la abrazó como si formara parte de ella, reduciéndola a la nada... Todo estaba perdido...

Rendida por la inmensidad del infortunio, gruesas lágrimas comen-zaron a rodar por sus mejillas, lentamente. Pero no hizo nada; ausente, crispada, ni siquiera se daba cuenta de que estaba llorando. Todo era mecánico. El viejo poema, con un sigilo sacro, fue apareciendo de nue-vo en su cabeza... Elena ya no era Elena. Allí solo había una extraña.

Dejado de la mano de Dios, el ZX se movió como un autómatasobre los raíles del camino, guiado por el viento y por los hilos invisibles de la conciencia. Podría decirse que nadie lo conducía.

Bueno, sí, la tormenta lo hacía.

—¡Ahá! —exclamó Tomás, entusiasmado—. ¡Y te condujo hasta mí! ¡O casi hasta mí! ¿Sí? O quizás fui yo el que te encontré a ti. ¡O las dos cosas a la vez! ¿No es extraordinario? Así es como te descubrí ayer por primera vez, Elena, abriendo las nubes con mis manos. ¡Cantad conmigo, nubes lejanas! Tuvisteis mucho trabajo antes de la Fiesta, ¿eh?

Se levantó un instante, miró por la ventana, guiñó un ojo, y se sentó de nuevo. Después, se quedó un rato meditando en lo que acababa de leer, con un gesto reflexivo. Era como si reviviera la misma fuga de ideas, pero con una pizca de sabores dulces en el fondo de la retina. Sonrió, y tamborileó con los dedos sobre la tabla de la mesa.

Él sabía. Sabía lo que Elena tenía en la mente en aquellos momentos. Lo sabía, porque dentro de su ser él sabía muchas cosas. Tenía el don de leer los pensamientos, y entenderlos; y el extravío de Elena solo podía ser fruto de toda la cadena de razones que la habían llevado hasta allí. Ella había venido para ver la puesta de sol, persiguiendo un ideal que siempre fue dudoso incluso para ella. Tenía que hacerlo así; era lo único que le quedaba. Su esperanza.

«Sí.»

Y si te quitan la esperanza, ya no te queda nada. Ahora, Elena conducía un coche como podía haber pilotado un avión si hubiera sabido. Porque lo hacía ausente. Solo veía una línea negra a través de la lluvia, una guía de asfalto en el vértice del temporal. Era como si volara sobre una bruma que daba la vuelta al Planeta, sin importarle nada más. Sin fin. Porque el fin ya no existe, y el shock se produce por el mecanismo enfermo de la incredulidad, en la verdad más irrefutable de todas: la derrota. La derrota para no llegar a tiempo, la derrota para salir de Castilla, para no poder volver, para no querer ver el final de la bruma, para desviarse en el camino y no saberlo porque quizá es mejor así, o simplemente porque ya da igual.

Cuando estalló la tormenta, ella ya intuía que algo iba mal, que el fracaso se escondía justo delante de ella. Y cuando todo se volvió más lento y más confuso, comenzó a hacerse tarde; y cuando se hizo definitivamente tarde, el Tiempo dejó de tener importancia. Porque la única esperanza de liberación había desaparecido, y la visión del Futuro era más densa que los propios torrentes de lluvia. Entonces su mente se perdió más allá de su propia comprensión y dominio, y vagó

por campos difusos llenos de espigas quemadas. La cosecha destruida el último día de la siega, y el primero; y el único. Reunir el valor para algo, por fin, y no realizarlo porque todo había salido mal. ¿Qué hacía ella conduciendo?... Nada; como podía haber hecho cualquier otra cosa. La lucha que había mantenido con los elementos desde que saliera de Castilla, la había sumido en los umbrales de la depresión, una depresión que se había trasladado a la tragedia.

La carencia de voluntad una vez conocida la derrota era una actitud normal, igual que podían haberlo sido otras; porque ya no vería la puesta de sol, y no podía haber más derrota que aquella. Hipnotizada por el túnel negro del asfalto, conducir se había convertido en un acto maquinal del que ya no dependía; podía llegar hasta la costa, o podía llegar hasta Portugal, o podía haber llegado a Francia o a Sevilla si la gasolina hubiera sido infinita; la nube no tenía final. Pero solo se daría cuenta de ello cuando despertara.

Sí, Tomás sabía todo eso, y mientras leía sonreía con un gesto serio y atípico. Desde que le llamó la atención aquella mente perturbada por las emociones del día, sintió dentro de él la astilla de un recuerdo que mezcló en sus pensamientos la esencia de un sueño. Y la tinta brotaba de él escapándose de sus dedos.

—¡Hu, ho! —exclamó de repente, sobresaltando a las ardillas—. Esto es como un cosquilleo. Me hacías escribir tan deprisa, que ahora dudo de algunas cosas. Voy a adelantarme un poco en el texto; no puedo leer tan rápido como escribía ayer.

Con un brillo especial en los ojos, pasó de página.